

# EDITORIALES

---

## UN GRAN HOMENAJE A LA MEDICINA TROPICAL

El Congreso de los Estados Unidos de América ha decretado recientemente que cada año aparezcan en el Registro Militar de los Estados Unidos, a especie de rol de honor, los nombres de los miembros de las fuerzas militares que se expusieron a la infección en las memorables investigaciones cuya aplicación práctica facilitara la base para la erradicación de la fiebre amarilla. Además, se ha conmemorado la gran proeza otorgando medallas de oro y concediendo pensiones a esos beneméritos de la humanidad y de la ciencia.<sup>1</sup>

Grandioso en verdad ese tributo que recuerda los días en que el Parlamento inglés votaba a Jenner un subsidio y la República Francesa regalaba un Instituto a Pasteur. Cuán merecido es queda atestiguado por los hechos, esta vez más elocuentes que las palabras. Volvamos por un momento los ojos al pasado. En la Habana hubo de 1895 a 1900 3,242 muertes de fiebre amarilla.<sup>2</sup> En Jamaica, la mortalidad anual, en la guarnición inglesa, constituida por sujetos fornidos y en la primavera de la vida, ascendió, por mucho tiempo, a 185, y en las Bermudas a 80, por 1,000. Las pérdidas eran aun mayores en el Istmo de Panamá, donde casi vedaron la construcción del canal. En Río de Janeiro, el vómito negro mató en 60 años otros tantos miles de personas hasta 1908, en Montevideo 1,500 en 1857 y en Buenos Aires 14,000 en 1871. Uno de los axiomas sanitarios de aquellos días era que, en el Hemisferio Occidental, había puertos, como Veracruz, Guayaquil y Río de Janeiro, en que podía contarse con que la enfermedad era endémica. En los Estados Unidos, como lo ha expresado tan vívidamente Guiteras, la fiebre amarilla era, en épocas pristinas, la victoria alada que, en el espacio de un verano, desolaba poblaciones por todo el valle del Misisipí, llevando el terror a la población blanca.<sup>3</sup>

Una ojeada a cualquier mapa de la fiebre amarilla demostrará el cambio sobrevenido desde principios del siglo. En la América apenas si restan algunos focos residuales en el Brasil, que son combatidos con toda esperanza de éxito. El verdadero problema mundial se reconcentra, pues, en el África Occidental, donde, dicho sea de paso, se han hecho últimamente descubrimientos que parecen ofrecer nuevas armas contra la dolencia. Todo alienta, pues, a prestar fe a la

<sup>1</sup> Véase el BOLETÍN de mayo, 1929, p. 468.

<sup>2</sup> Véase también el trabajo del Dr. Lebrede en el BOLETÍN de junio, 1929, p. 5

<sup>3</sup> Véase el BOLETÍN de agosto, 1928, p. 936

creencia de Gorgas, de que el vómito negro puede ser desterrado de la faz de la tierra.

Justo y merecido en verdad, pues, el tributo a los sabios y voluntarios que ofrecieron sus mejores esfuerzos y hasta su vida para librar al mundo de ese azote tropical: a Finlay, que predicó, verdaderamente en el desierto, desde 1881 hasta ver cumplidas sus profecías en 1900, a Carter, el del certero ojo clínico, a Reed, Lazear, Carroll, y Agramonte, que pusieron el sello de la certeza a la teoría del mosquito, a los 22 soldados estadounidenses que ofrecieron sus cuerpos a la investigación y quizás a la muerte, a Gorgas y Oswaldo Cruz y Licéaga, para no nombrar más que a los fenecidos, que supieron poner en práctica con fe inquebrantable las nuevas adquisiciones científicas, y a toda esa legión de hombres de ciencia e higienistas, incluso los malogrados Balfour y Noguchi, y muchos más, por fortuna aun entre los vivos, que, marchando en las huellas de los desaparecidos, han mantenido el pendón en alto y la fiebre amarilla a raya.

A los institutos dedicados a la memoria de Oswaldo Cruz en Río, Gorgas en Panamá y Finlay en la Habana, únese ahora el homenaje solemne de los Estados Unidos.

---

#### LA ENFERMERA VISITADORA

Se ha dicho con bastante fundamento que—si exceptuamos la medicina preventiva y la higiene infantil—cabe dudar si todos los adelantos médicos y quirúrgicos en conjunto han salvado tantas vidas humanas como la reforma en el cuidado de los enfermos, iniciada por esa protagonista del humanitarismo: Florence Nightingale.

De todas las modernas instituciones dedicadas al socorro de los sufrimientos humanos, la enfermera visitadora es la que probablemente disfruta de mayor confianza y recibe más gratitud de parte de los desvalidos y los inválidos, pues por la misma naturaleza de su labor, penetra hasta el corazón de los problemas más recónditos del hogar. Mediante sus enseñanzas objetivas, puede producir una impresión radical y hasta transformar por completo el horizonte de una familia, constituyendo realmente la vanguardia de la higiene y el auxiliar más poderoso con que cuenta el médico de sanidad en lo tocante a llevar su mensaje al seno de la familia. De todos los infortunios, ninguno excede a la enfermedad, pues priva de su fuerza tanto física como moral hasta a los seres dotados de más robustez y entereza. Por una paradoja, es precisamente esa situación deprimente que ofrece ocasión de demostrar cuánto puede la higiene, lanzando sus rayos luminosos donde reinan las tinieblas.

Tomemos por ejemplo esos muchos casos de mortalidad infantil en que los pequeños sucumben porque la madre no sabe alimentarlos